

## MÓDULO 5 – ANTROPOLOGÍA I: LA INTIMIDAD Y LOS TRASCENDENTALES PERSONALES

Muy buenas.

Bienvenidos en primer lugar a este curso, que es muy gratificante, muy de fondo, porque vale la pena centrar el pensamiento en un autor tan grande como Leonardo Polo.

Y, bueno, ya sabéis, me llamo Juan Fernando Sellés, a vuestra disposición, y me ha tocado en suerte este curso.

No estoy a la altura para el tema: hablar de la antropología trascendental de Polo.

La antropología trascendental es el descubrimiento más de fondo de nuestro autor; solo desbordado por él mismo, cuando en su obra última, que se publicó póstumamente, *'la Cristología'*, pues sacó partido de los descubrimientos de la intimidad humana para hacerse cargo con más penetración de la persona humana de Cristo.

Entonces esto es el tema: la antropología de la intimidad, no las manifestaciones de ella.

No es que no la hayan explicado algunos profesores. Lo han explicado muchos, muy solventes todos ellos, y asimismo se están, y se han hecho, tesis doctorales sobre esta temática.

Pero, para no repetir, para no cansar, yo lo que haría es sacarle partido u orientar los descubrimientos de Polo de cara a un asunto que no es del todo es explícito: sí están sus textos, pero no se suele reparar en ellos, y tampoco los que se han dedicado a la antropología trascendental han reparado excesivamente en esto.

Me quiero centrar en sacar partido a la intimidad personal humana, a la antropología trascendental, intentando descubrir la filiación natural, no sólo la sobrenatural – que es una elevación de esa –, sino, ya que estamos en filosofía, la filiación divina natural.

Esto ya es problemático nada más enunciarlo, porque si yo digo esto o lo escribo y lo presento en una revista de filosofía, en seguida me lo apartan, para que no se molesten los teólogos: esto es teología natural de la buena y de la más penetrante, de modo que no estamos directamente en la teología sobrenatural.

### 0. PLANTEAMIENTO

El planteamiento lo puedo hacer primero con un bosquejo biográfico del autor: es decir, esto lo tiene claro Leonardo Polo cuando, ya desde el comienzo, desde los 23 a los 25 años, cuando descubre el método para hacerse cargo de las partes temáticas más profundas de la filosofía.

Os acordáis y os lo habrán explicado lo del abandono del límite mental.

En concreto, pues, sería la tercera dimensión de ese método que, desde el acto de conocer, la operación inmanente, pues separándose de ella va buscando el origen, la fuente, que es esplendorosa, en la intimidad humana respecto de ese acto.

Bien, eso es prodigioso, como los grandes, como Aristóteles, descubre la *enérgeia* y lo descubre muy jovencito. A mí me tocó más tarde cuando hacía la tesis doctoral, pues cuando yo tenía 30 años, dándole vueltas a las operaciones inmanentes de la inteligencia, sobre todo estudiando a Tomás de Aquino – basándose en Aristóteles –, me di cuenta del origen me di cuenta de que eso es pura manifestación del acto de ser persona.

Pero claro, yo ya contaba con que Polo me había dado clases, y contaba con los grandes: con Aristóteles y Tomás de Aquino.

Eso es así desde el inicio en Polo.

La primera vez que empieza a escribir él estas cosas y publicarlas, cuenta con casi 40 años – 37 o 38 años –: las primeras publicaciones, que son duras, son exhaustivas, ‘*el acceso al ser*’, ‘*el ser*’, etc.

En esas épocas, él sobre todo hace valer 3 trascendentales que son:

- a) el que más repite a lo largo de su vida, la **libertad** personal,
- b) el **conocer personal**, que en esos primeros libros lo llama ‘*núcleo del saber*’ o también, con la terminología aristotélica, ‘*entendimiento agente*’, y
- c) la **coexistencia**, aunque no la llama así directamente en algunas obras y al principio, sino que la llama **además**, un adverbio que tiene mucho significado.

Si pasamos a nuevas publicaciones, pasamos ya a cuando él ha dado cursos doctorales en la década de los 90, en los primeros años de los 90, tanto aquí, en Navarra, como en Latinoamérica.

En esos textos, que después los hemos publicado, y que él aprovecha para hacer las publicaciones posteriores, por ejemplo ‘*persona y libertad*’ o por ejemplo ‘*la antropología trascendental*’, los dos volúmenes, en esos textos habla de los mismos radicales, de los mismos trascendentales personales, pero añade también, va entrando a hablar **del amor personal**.

A ver, dicho sea de paso, como ha habido polémica respecto de esto, he de decir lo siguiente. Los trascendentales personales son distintos jerárquicamente. Hablaré de la jerarquía después, tras hacer otra observación. Y la observación, siguiendo su estela biográfica, es ésta: si bien en todas sus publicaciones aparecen esos cuatro trascendentales personales – la coexistencia, la libertad personal, el conocer y el amar personales –, he de decir que en la última época de su vida, ya muy muy anciano, pues sería cuando tendría 86 años, justo antes de su fallecimiento, en una conversación que tuvimos él y yo, me dijo – bueno como era él así de humilde y de espontáneo – me dijo: “que me he equivocado”. Me he equivocado porque **la coexistencia no es suficientemente distinta de la libertad personal**. ¿Por qué?, pues porque una coexistencia que no fuese libre no sería personal; sería una consistencia porque no queda más remedio, dependencia absoluta, inexorable. Eso no es personal, no es libre, ¿no? De modo que, yo, lo que he hecho valer desde entonces *es vincular esos dos trascendentales personales en uno*: la coexistencia y la libertad personal. Y decir que, en rigor, pues, son tres los trascendentales personales: la **coexistencia libre, el conocer y el amar personal**.

Bien, también la otra apreciación que tengo que hacer es ésta que he aludido antes acerca de la **jerarquía de los trascendentales personales**; aunque no es explícita contundentemente, en las publicaciones suyas, cuando él y yo hablábamos siempre lo dábamos por hecho y siempre, pues, lo hacíamos valer: la libertad es inferior, es la energía del espíritu que se encauza a la búsqueda del sentido personal, y, por tanto, se supedita al conocer personal, y el amor personal es superior, porque aceptar es todavía más que buscar el sentido personal, la búsqueda hay que orientarla a la aceptación progresiva de lo que está por descubrir. Me parece que esto es claro y a su vez como bien sabrán también por algunas lecturas que han hecho, como los trascendentales personales a la vez son duales, es decir, tienen dos dimensiones intrínsecas, también hay que decir que *esas dimensiones intrínsecas son jerárquicamente distintas*.

Después aludiré a ellas con más detenimiento pero, de momento, como ofreciendo una especie de mapa, de plano, he de decir que la libertad tiene dos dimensiones, ‘*libertad nativa*’ y ‘*libertad de destinación*’, o ‘*de destinatario*’ más bien – la libertad personal busca un destinatario libre, personal.

El conocer también tiene dos dimensiones: se puede llamar la primera o describir como '*búsqueda del origen*', y la segunda, superior a la primera, '*búsqueda del destinatario*'.

En cuanto al amar personal también hay dos dimensiones y también ha habido una especie de conflicto, de duda, acerca de cuál de las dos es superior, a si el '*dar*' es superior al '*aceptar*'; bueno pues también hay una anécdota al respecto, ¿no?, en la tesis de un doctor que la defendió alrededor del 2000, pues me tocó estar en el tribunal de esa tesis y el doctorando defendía que el dar en nosotros parece más activo, más pujante, más energético, que el aceptar – parece un poquito más pasivo, ¿no? –; yo le dije: “no, no; en nosotros la clave siempre es el aceptar, puesto que somos criaturas. La donación es segunda siempre respecto de la aceptación. Uno da y se da, da cosas, manifestativas, en la esencia, en la corporeidad humana, a través de las obras, da en la medida en que acepta y se acepta”. Entonces por la tarde, ahí está la anécdota, lo hablamos en casa de Polo lo que había pasado en la defensa de la tesis y me dijo: “no, no, está clarísimo; en nosotros el aceptar siempre es superior, puesto que somos criaturas”.

Entonces la clave ahora es vincular esto con la filiación.

**La filiación divina:** somos hijos de Dios naturalmente.

La filiación sobrenatural es la elevación de esa filiación natural; y la filiación natural está en los trascendentales personales, de modo que deberíamos estudiar o pensar o ahondar más en cada uno de ellos desde esta perspectiva: desde esta perspectiva filial que ha sido completamente olvidada a lo largo de toda la filosofía.

A ver si lo logro explicar en síntesis.

Polo dice taxativamente que el hombre es naturalmente hijo, hijo de Dios, que es persona; ser persona para Polo significa nacer de Dios. Pero si uno escarba toda la filosofía, hasta nuestros días, se da cuenta, por resumir, sintéticamente, que la filosofía griega prescinde de este descubrimiento; no se considera al hombre como vinculado tan penetrantemente, como tan '*liberi*', como hijo de Dios. No eso no está en toda la filosofía grecorromana.

Por otra parte, si uno registra a los pensadores más penetrantes, más altos, de la edad media, uno se da en seguida cuenta de que hacen valer la filiación divina sobrenatural. Y la entienden en nosotros como una – esto es Tomás de Aquino, por lo que yo recuerdo –, la entienden como una semejanza, es decir lo que él llama – después en cristiano se ha llamado así – filiación adoptiva: es una imagen, una semejanza, de la filiación natural de Cristo.

Pero no escarba, no se detiene, no piensa acerca de la filiación natural humana: ser hijos naturalmente de Dios, ya por creación personal de la persona humana.

Y si uno, por fin, repasa a los hitos más importantes de la filosofía moderna, pues encuentra justo lo contrario: aquello que desconocían los griegos y aquello que lo hacen valer sólo los pensadores cristianos en el ámbito sobrenatural teológico – teología de la fe –, los modernos prescinden, olvidan e incluso lo atacan, lo rechazan. Rechazan denodadamente la filiación divina.

Me parece que esto, no quiero cargar las tintas de negatividad, pero me parece que esto es típico de nuestro tiempo: una última vuelta de tuerca de lo que ha pasado en los siglos precedentes. Quiero decir: si el rechazo del querer ser hijo de Dios pues es patente en la filosofía moderna, en algunos autores porque se consideran autónomos e independientes. Otros porque pretenden la autorrealización. Los anteriores pues está claro, ¿no?: Descartes, Kant, etc. –. Y este último, por ejemplo Nietzsche: el prescindir de la filiación divina por rechazo.

Tan fuerte, ¿no?

Me parece que eso que está en los siglos sobre todo al final de la época de la filosofía moderna – en los hitos cumbre y en el inicio de la contemporánea –, en el XIX se va pegando a amplios estratos burgueses de la sociedad. Como esto ya se ha dicho, se ha comentado varias veces en los libros humanísticos, de historia del pensamiento, etc.

Pero lo que faltaba por decir, a mi modo de ver, es esto: y es que, en nuestra sociedad, *la despersonalización se ha institucionalizado*. En todos los ambientes; no sólo hay que aludir a los ambientes políticos, educativos: es decir es políticamente muy incorrecto, en cualquier simposio, academia, ponencias, etc., aludir a Dios; sólo la alusión.

Y no solo en ambientes educativos sino profesionales.

Se ha hecho como algo usual, establecido, en la sociedad nuestra, en nuestro periodo histórico que nos ha tocado vivir, y no parece que tampoco hemos tocado fondo en este tema. De modo que si ya entre nuestros colegas, entre los filósofos, lo de la filiación es un asunto olvidado o tenido en cuenta demasiado endeblemente, pues me parece que la solución de todos estos baches profundos humanísticos por los que atravesamos *es la recuperación de ella*<sup>1</sup>.

Bien, esto en general.

Desde luego que después a los teólogos hay que también decirles, con Polo, que pueden sacar partido a la filiación personal humana si se dan cuenta que esas virtudes tan potentes, tan brillantes, que ellos llaman teologales, son, ni más ni menos, que la elevación de cada una de las dimensiones trascendentales personales humanas.

*La esperanza*, la virtud sobrenatural de la esperanza, *eleva la libertad personal*, la virtud teologal de *la fe*, *eleva el conocer personal*, porque nos permite buscar con más ahínco lo que ahora conocemos de un nuevo modo – la fe es ante todo un nuevo modo de conocer, nada de oscuridad, nada de ‘*quia absurdum*’ como dicen pues Okham, Lutero, Kierkegaard y todo el pensamiento protestante hasta el siglo XX, Karl Barth, etc. –. Y *la caridad* que es ante todo *la elevación del amar personal*.

Bien, dicho esto, ahora habría que meterse en cada uno de los trascendentales personales y resumirlos tal como los entiende Polo.

Empiezo con la libertad, con el inferior.

## 1. LA LIBERTAD FILIAL DE LA PERSONA HUMANA

La gente sencilla cuando me preguntaba a veces ¿explícame la libertad?

Bueno pues yo les hago esta composición de lugar; les digo: a ver, hagamos dos preguntas.

La primera es acerca del *origen de la libertad*.

Ellos notan enseguida que la libertad tiene que ver con nuestra razón, con nuestra inteligencia; en la medida en que más sabemos acerca de las cosas, más fácilmente podemos solucionar los problemas: quiere decir ahora, por ejemplo, en esta situación del COVID, si supiéramos hacer una buena vacuna, pues seríamos libres no sólo nosotros, sino la humanidad entera, respecto de un problema que está paralizando pues los trabajos, la economía, las relaciones familiares, etc.

Enseguida se dan cuenta que la libertad tiene que ver con la inteligencia, pero es claro que nadie nace inteligente, sino que ese saber, ese conocimiento progresivo de la inteligencia se va

---

<sup>1</sup> De la filiación divina natural.

adquiriendo y se va afianzando en la medida en que nosotros, pues, premiamos a esa facultad, la ennoblecemos, la hacemos capaz de más luz, centramos la atención, estudiando, la *studiositas* clásica, etc.

A la vez ellos saben, la gente sencilla, que eso, es indiscutible, tiene que ver con la voluntad.

Y la voluntad, no sólo en las elecciones – porque uno puede decir: pues elijo esto esto –, sino que ellos saben perfectamente que hay elecciones funestas, es decir, muy poco atinadas, pues caprichosas, etc., y otras que están muy sopesadas, muy finas, y eso repercute indudablemente en sus querer.

Eso lo tienen, pues, connatural en su vida. Viven de acuerdo con eso. Es decir, lo que un clásico diría: pues claro, si tienes más virtudes, pues entonces eres más libre respecto de muchos asuntos que, si te falta virtud, pues eres endeble y no sabes afrontarlos con suficiencia.

Pero a la voluntad le pasa lo mismo que a la inteligencia: que la libertad que vemos en ella tampoco es nativa. La voluntad es potencia pasiva de entrada, igual que la inteligencia, es *tabula rasa* de entrada, y cada una de ellas se va engrandeciendo, se va mejorando y perfeccionando, en el fondo, Polo diría, se va liberalizado, la libertad inviste, penetra en ellas en la medida que adquirimos hábitos en la inteligencia y virtudes en la voluntad.

Con esta peculiaridad que la libertad que se me muestra en la inteligencia es resplandeciente, transparente, cognoscitiva, y la que se me aparece en la voluntad pues es volitiva: queriente.

De modo que no es lo mismo conocer que querer: son dos manifestaciones – de la libertad – distintas.

Entonces, puesto este planteamiento para la gente que no es filósofa, enseguida hay que preguntarles: si aparece la libertad en esas potencias no estando antes, ¿de dónde han salido? ¿Cuál es su origen? La pregunta por el origen; entonces puede que empiecen a contestar: seguramente por la educación en la familia que uno ha tenido, por el colegio, si uno ha tenido mejor educación, mejor colegio que otros...

Pero claro, empiezas a dialogar con ellos; les dices: mira, vamos a ver, dos hermanos que tengan aproximadamente la misma edad, o que sean incluso gemelos, por tanto tienen la misma familia, han recibido las mismas costumbres familiares, la misma educación, el modo de tratar los padres con los hijos no es heterogéneo completamente, incluso los *hobbies* puede que sean similares – los dos hayan hecho el mismo deporte, etc. –, e incluso que los papás les haya llevado al mismo colegio, a los dos chicos, y hayan tenido los mismos profesores, hayan hablado de ellos; pero resulta, que puede resultar, que uno de ellos aproveche en positivo toda esa formación, toda esa educación, mientras que el otro no la aprovecha, es decir la tira por la ventana, o, como decimos ordinariamente, pues el chico sale rana.

Esto, ¿a qué se debe?

Es decir, la libertad, ¿se debe a la familia?, la libertad que está en los chicos, ¿se debe a la educación?, ¿se debe a la escuela de deportes? Pues es evidente que no.

Entonces, dándole vueltas estas cosas, tras preguntarle a la gente normal y corriente, cuál es el origen de la libertad, acaban viendo palmariamente que la libertad es nativa, es originaria; que cada uno parte con ese tesoro y lo va haciendo valer, le saca rendimiento, o no lo hace valer, lo depaupera, le da la espalda.

Esto es la primera pregunta.

La segunda es: si ya sabemos cuál es su nacimiento, su origen, la intimidad personal, ahora cabe

preguntar: ¿cuál es **el fin** de la libertad personal?

Entonces, pues, dirían: hombre con la libertad puedes hacer cualquier cosa; cualquier cosa es, y siempre te quedas corto; quiero decir: la gente sabe que uno puede dedicarse a una profesión o a otra, mejor o peor a la familia.

Pero si apuras la pregunta, dices: ¿cabe que uno agote toda la carga, el tesoro inmenso de su libertad nativa en un proyecto laboral – un holding –, o un hobby que uno se ha entusiasmado, una ONG, lo que quieras, aunque tuviese muchos años, muchos más años de vida o aunque tuviese muchos recursos materiales y económicos, de ayudas de todo tipo. ¿Agotaría todo esa riqueza de libertad que uno lleva incorporada?

La respuesta es manifiesta: no.

Ni siquiera con la familia: yo podría..., siempre podría más, siempre podría encauzarla de otra manera, siempre podría.... No puedo agotar el tesoro inmenso de mi libertad personal en cosas que no son persona, ni siquiera en personas creadas.

De modo que la sospecha es inminente: es decir una libertad que es irrestricta, es un tesoro que no le encuentras tope, y además – ahí es además – es creciente.

¿Cuál es su fin? ¿Cuál es su norte, su estrella polar?

Enseguida te sale la solución a poco que la pienses: una libertad así solo puede tener sentido en correspondencia con Dios.

Pero, claro, aquí viene la filiación.

Porque es una correspondencia con Dios que no es necesaria, sino perfectamente libre, vinculada libérrimamente, y eso indica que estoy viendo que Dios es libre de aceptar mi libertad personal.

Por tanto la correspondencia entre nosotros dos<sup>2</sup> es suave, es familiar, es de dependencia, sí, porque mi libertad es creada y la suya no, pero tiene coherencia: las dos son libertad, y las dos tienen afinidad familiar personal.

Con lo cual, a poco que lo pensemos, comparece enseguida que la libertad es nuestra, íntima, es filial.

Y la de Dios, respecto de nosotros es Paterna; de entrada, originariamente es Paterna.

Por tanto se ven aquí las dos dualidades desde el punto de vista la filiación, las dualidades de la libertad personal: *libertad originaria*, la que mira al origen, es decir, con la que yo nazco, he sido creado, y la *libertad de destino*, que es superior, porque en la primera solamente tengo que agradecer el tesoro tan grande.

Mientras que la segunda no se trata sólo de agradecer sino de serle fiel y de no tirar la toalla, por así decir, de encauzar esa libertad a mi encargo irrepensible y personal, novedoso.

No hay dos encargos iguales porque no hay dos personas iguales.

No me refiero a encargos pequeños, como un determinado trabajo; incluso en esos pequeños trabajos, la impronta que cada uno le da a su trabajo es distinta: le tiene que dotar del sentido personal irrepensible que uno es.

---

<sup>2</sup> Dios y yo.

Por tanto me parece que lo primero que hay que decir es que **Polo añade**.

**Primera conclusión**, si se quiere: *Polo añade respecto de toda la filosofía precedente.*

En el punto primero, de lo que él descubre en la intimidad personal: la libertad personal. Y lo que añade es que **esa libertad es filial**.

Lo que añade es que, eso no está visto, ni en la filosofía clásica griega y medieval, que mira la libertad reductivamente, en el plano de la esencia del hombre, y la considera sin más como el libre albedrío, es decir: el juego equilibrado, ponderado, entre la inteligencia y la voluntad que se dedica a las cosas prácticas, razón práctica, para solucionar nuestra vida ordinaria; libre albedrío.

Pero, claro, esto tiene un problema grande de fondo.

Si uno reduce la carga irrestricta de la libertad personal a una manifestación muy grande de ella, pero manifestación, como es el libre albedrío, enfocándola por un derrotero o por otro, profesión, estado, vivienda, lo que sea, ¿qué está pasando?: pues está pasando que esa libertad tiende a la baja. Es decir que no la comprendemos a su nivel y que le estamos dando la espalda y no podemos encontrarle su sentido. De modo que eso es pobre; es una filosofía, por tanto, reductiva.

Por tanto Polo añade.

Polo añade a los pensadores clásicos y medievales, y rectifica, no es cañada, sino que rectifica enteramente a los modernos. Porque los modernos la entienden como autónoma, como independiente.

Voy a intentar explicar someramente esta corrección poliana.

Para los pensadores clásicos, que la entienden manifestativamente como libre albedrío, la **libertad humana es fundada**.

Mientras que para los pensadores modernos, que se entienden a sí mismos como autónomos, independientes, espontáneos, **esa libertad está entendida como fundamento**.

Pues ambas cosas son falsas, son erróneas.

Fundada no puede ser una libertad. *Lo fundado es necesario*: deberíamos hacer lo que tenemos hacer y punto; y de ahí no nos salimos.

Y una libertad como fundamento es peor todavía, es contradictoria enteramente. ¿Por qué? Pues porque todo lo que fundase sería necesario, no habría libertad ninguna, en las manifestaciones humanas.

De modo que, bueno tendríamos que pensarlo más despacio, pero hay aquí un gran equívoco: el entender la libertad como fundada y como fundamento implica que no se está pensando, descubriendo, la libertad íntima trascendental, sino que se tiende a la baja en la concepción de ella, y, en cosas menores, no le vamos a poder encontrar nunca el sentido a la libertad personal.

Bien, quiero decir, es imposible que nos reconozcamos como quien somos en las cosas que hacemos, o en nuestra esencia, en el yo – diríamos, en el ápice de la esencia humana –.

La persona que uno es no es sus obras, el obrar sigue al ser.

El yo, la personalidad, la conforma, la madura, la persona. Pero depende de la persona. No es ni puede ser nunca idéntica a la persona: **la distinción real es siempre vigente en la criatura**.

Pretender reconocerse en las obras o en el yo es decaer, es prescindir de buscar con ahínco el sentido personal al nivel que debemos buscarlo.

Paso rápidamente a los otros dos trascendentales personales.

En primer lugar el conocer personal.

## 2. EL CONOCER FILIAL DE LA PERSONA HUMANA

Polo dice muchas veces, hasta en el libro más sencillo de todos los suyos, que es '*Ayudar a crecer*', que el hombre es conscientemente hijo. Eso quiere decir que, a diferencia de todos los animales superiores, el vínculo del hijo respecto de los progenitores es permanente. Es estable.

Polo también lo dice: uno no debería nunca considerarse '*ex hijo*'.

Los animales superiores, cuanto antes son viables, prescinden de sus progenitores y encauzan su vida sin tener que ver con sus padres, "padres" entre comillas.

En cambio, también naturalmente, por lo que recibimos genéticamente de nuestros padres, nosotros nos entendemos siempre, nos comprendemos, nos sabemos hijos. También nos sabemos hijos a nivel de esencia: respecto, pues, de un profesor porque nos haya influido mucho, tenemos una cierta afiliación, afinidad, muy estrecha, reconocimiento agradecido, deuda: en nuestro caso, pues, por ejemplo, de Polo; nos ha hecho, pues, un camino andadero en el plano del pensamiento humano, rectificando tantos errores, y descubriendo tantas joyas, que podemos sacarles más brillo.

Pero la clave de la filiación, es decir el que la filiación se manifieste en nosotros a nivel corpóreo y a nivel de esencia del hombre, la clave está en que por dentro somos hijos, constitutivamente hijos. La filiación es interna: más que interna es íntima, del plano transcendental.

Y, ahora, tenemos que decir, hablando del conocer personal, es que, por medio *del hábito de sabiduría*, somos conscientes de eso: lo sabemos. Sabemos que somos hijos. Otra cosa es que alguien o muchos, lastimosamente, no lo quieran ser. Pero uno se sabe, perfectamente, cuando mira hacia dentro, que no es un invento suyo, ni es un invento de sus padres, ni de la biología, ni de la historia, ni de la cultura: no, es una novedad irrepetible, que le desborda al propio alcance; no es que no lo sepa, sino que lo que sabe es siempre insuficiente respecto de lo que le queda por saber. De eso somos conscientes.

Si eso se niega..., bueno, antes de la negación<sup>3</sup>.

Es evidente que eso<sup>4</sup> es fuente de humildad. Es la raíz de la humildad.

También tendríamos que hablar de las virtudes, pero es demasiado largo.

La humildad es una de las virtudes, entre comillas, "superiores".

Los griegos nunca la tuvieron en cuenta. Para ellos el orgullo de pertenecer a la civilización tan granada que hicieron, comparada con los bárbaros – los persas o los egipcios –, pues es un valor. Con lo cual la humildad no la consideraron.

En cambio, los cristianos... pues hay de todo.

Los que han centrado la cabeza en ella, yo pienso que la han rebajado en buena medida. Por

---

<sup>3</sup> Aquí había empezado una idea que interrumpe, para hablar de algo más importante: la humildad. La humildad es la aceptación de la filiación, no la negación. Pero la interrupción de la frase puede llevar a entender la cuestión en el modo opuesto a cómo se está, realmente, entendiendo.

<sup>4</sup> Aquí "eso" se refiere a la aceptación de ser hijo.

ejemplo, recuerdo que Tomás de Aquino la vincula a la virtud de la templanza, que es una virtud pues mucho más baja que otras: que la fortaleza, que la justicia, que la amistad, etc.

En cambio los modernos nos dicen que eso es un truco; es decir, la humildad no es ningún valor. Nietzsche carga las tintas sobre ella, negativamente: es la argucia de los débiles para engañar a los poderosos.

Polo rectifica, y añade conocimiento a toda la Tradición, diciendo que **la humildad** no es una virtud de la voluntad, sino que, siguiendo a Santa Teresa de Jesús – piensa lo mismo que ella –, **es andar en verdad**.

Pero, ¿qué tipo de verdad? La verdad personal. La verdad que uno es. Y eso, evidentemente, está vinculado con el hábito de sabiduría. De modo que de ahí deriva, de saberse dependiente filialmente, de ahí deriva irrepetiblemente vinculado, novedosamente vinculado, de ahí deriva precisamente lo que es la humildad.

La humildad no es hacerse el humilde de cara a fuera, el humildico, sino considerar el valor tan ingente que una persona es, con un sentido personal, con un conocer personal, para alcanzar ese sentido de cara a Dios – completamente distinto de los demás –, de ahí deriva la humildad.

Y eso lo reconocemos mediante este hábito, que es interno, solidario, como decía Polo, del conocer personal: el hábito de sabiduría.

Antes decía: hay mucha gente que lo niega<sup>5</sup> esto; pero ¿qué es esto?, ¿qué significa negar ésta<sup>6</sup>? Significa, a mi modo de ver, que uno pierde gas en su conocer personal. Es decir, que uno se está *despersonalizando*.

En el fondo la ignorancia, el mal, no se puede conocer.

¿Por qué? Esto nos llevaría lejos también: porque en el fondo es una falta de conocimiento en el nivel en el que incide, y como estamos en el nivel superior del conocer humano – por encima de él no hay ningún conocer natural en nosotros –, negar el saberse vinculado cognoscitivamente, es un desconocimiento culpable – no hay ignorancia inculpable a ese nivel–, que significa pérdida, depauperación, enturbiamiento de la transparencia personal, pérdida del conocer personal: en el fondo pérdida del ser personal que uno es y está llamado a ser; progresiva pérdida. Y, como conversé muchas veces con Polo, de seguir por esos derroteros, la pérdida se puede consumir definitivamente, tras esta vida – post mortem –, en la pérdida definitiva del ser personal.

Persona implica vínculo, relación, personal: por tanto libre, por tanto cognoscente, y, por tanto, amante.

En teología habría que decir que, post mortem, para los que están castigados pues no hay vínculo libre, no hay vínculo cognoscente personalmente, y no hay amor personal ninguno. Con lo cual es patente que se han despersonalizado. Quiere decir que serán constitutivamente un yo, pero la persona no tiene sentido propio, distintivo, novedoso, respecto de ese algo que es bastante común a la especie humana o angélica.

Un yo: exclusivamente un yo.

Dicho esto hay que añadir lo que he dicho al principio, y así me pasó, en seguida, al amor personal: que el conocer personal está hecho para crecer, pero, además, Dios, que da ese

---

<sup>5</sup> Recupera la conversación que había interrumpido: cfr. nota 3.

<sup>6</sup> Negar el valor de la humildad.

crecimiento nativamente, permite que ese crecimiento sea elevado. Es decir, es un super crecimiento. Y, como decía antes, eso es **la virtud teologal de la fe**.

La virtud teologal de la fe *no incide de ninguna manera en la inteligencia* o razón humana – una potencia que, de entrada, nativamente, es tabula rasa –, *ni tampoco en la voluntad*, sino en el acto de ser personal; en concreto, en el conocer personal.

Es obvio que un chico, pequeño, puede estar bautizado, y la Iglesia nos dice, nos enseña, que el bautizado tiene fe, esperanza y caridad.

Pero claro el bautizado, si es muy pequeño, tiene la inteligencia a cero, tabula rasa, y su voluntad también: potencia pasiva. Con lo cual, es descabellado, es absurdo, intentar poner unas joyas tan energéticas, tan activas, en potencias pasivas.

¿Dónde hay que ponerlas? Pues, obviamente, en el acto de ser personal.

¿Y qué hacen respecto del ser personal? Elevarlas. Elevar las dimensiones personales humanas.

¿Y qué significa elevarlas?

Pues que no es que tendamos nosotros a Dios, sino que Dios *incide en nuestra intimidad*. Vive con nosotros: abre la posibilidad de que vivamos su Vida. Esto habría que mirarlo así. Pero esto también es largo, y habría que centrar la atención en la fe sobrenatural.

### 3. EL AMAR FILIAL DE LA PERSONA HUMANA

El amar personal tiene, como todo en nosotros del plano inmaterial, una conformación dual: **aceptar y dar**

Como he indicado al principio, aceptar es superior a dar. Por lo que he dicho: porque somos criaturas. Por tanto, pues, tenemos dos dimensiones suficientemente distintas.

Pero aparece algo de complicación, algo extraño: que esa dualidad, dice Polo, en la '*Antropología trascendental*', reclama, exige, una tercera dimensión.

Pero esa tercera dimensión no es íntima, personal, sino que es propia de la esencia humana; para empezar de la esencia humana, aunque también convoca a la naturaleza corporal humana y a todo lo que hacemos, a nuestras obras.

La tercera dimensión, después del aceptar y el dar, es **el don**.

Y para explicar esto, Polo aprovechaba ese refrán castellano castizo que dice: '*obras son amores y no buenas razones*'.

¿Cómo explicar esto? Pues esto se puede explicar de la siguiente manera.

Sí: *primero aceptamos*; y, en la medida que aceptamos, como hemos dicho antes, *nos damos*.

Pero es evidente que no podemos dar nuestro ser, lo trascendental en nosotros, la persona que somos.

¿Por qué? Sencillamente porque dejaríamos de ser. Con lo cual eso no es motivo de oferta.

¿Cómo manifestamos que hay entrega íntima, entrega personal? Pues entregando lo que tenemos, no lo que somos, que no podemos, porque perderíamos el ser; sino lo que tenemos.

¿Y qué es lo que tenemos? Pues muchas cosas, muchas potencias, tenemos tiempo, tenemos cualidades, tenemos obras, tenemos la vida.

Lo más alto es entregar la vida.

La vida está siendo vivificada en nosotros desde la sindéresis, que es el ápice de la esencia humana.

Entregar la vida quiere decir entregar lo más que podemos entregar. Porque no es sólo la vida biológica, sino todo lo que tiene que ver con ella, que es todas las potencias orgánicas, más la inteligencia y la voluntad, que, aunque no son orgánicas, pues están añadiendo, perfeccionando, toda nuestra vida.

Entregar la vida. Ésta es la cosa. Es una dimensión inferior, pero es una dimensión inferior que *tiene su aquél*. Su aquél quiere decir que, una vez entregado por nosotros, ese don, esa obra, esa vida, pues no se consume ahí la donación. Sino que eso está para algo superior todavía.

¿Y qué es ese superior? Obviamente que los demás acepten; pero es que los demás, ni empeñándose, pueden aceptar todas las obras y en la medida de las obras que uno pueda ofrecer.

De modo que, al final, las obras todas y cada una de ellas sólo las puede aceptar Aquél al que no se le pasa por oculto ni un gramo de obra. Y puede aceptarnos a nosotros, a través de nuestras obras.

En el fondo, es Dios el que nos eleva, a través de nuestras obras.

En esto consiste, decía Polo, el juicio particular: en que Dios me diga que lo que yo he hecho, si vale la pena o no vale la pena. Nadie más, ni siquiera yo, puedo decir exhaustivamente hasta qué punto vale la pena. Sólo eso está en manos de Dios.

Con lo cual, pues, se nota, que la tercera dimensión<sup>7</sup>, que parecía más baja, más limitada, que las trascendentales<sup>8</sup>, está para que, definitivamente, Dios nos eleve las trascendentales, aprovechando también la esencial y natural: los dones, las obras.

Bien, esto, como se ve, también tiene mucho, largo recorrido.

Termino con un asunto: me parece que nuestra sociedad está muy lejos de este planteamiento.

Quiero decir, las críticas constantes, las denuncias constantes de gente cualificada, están diciendo que nuestra sociedad intelectual tiende cada vez más al individualismo: Europa por demás – pero considero que Estados Unidos es igual –.

Quiero decir es la soledad, tal vez de varios o de dos en compañía, pero cada uno va a lo suyo. El individualismo es la negación, el rechazo, la despersonalización, la manifestación de que la sociedad se está despersonalizando.

Si no hay vínculo personal de fondo, pues evidentemente no hay familia, evidentemente no hay. asociaciones que se vinculen con nexos fuertes, como por ejemplo la verdad, léase universidades, sino que hay '*pluri diversidades*', y también se desmorona el vínculo en los trabajos, léase la unión empresarial.

Todo esto, pues, son manifestaciones de la falta de personalización a nivel íntimo.

---

<sup>7</sup> Se trata del *don*. No de la dimensión III del abandono del límite mental.

<sup>8</sup> El aceptar y el dar.

#### 4. APÉNDICE

Termino diciendo que obviamente uno se puede dar cuenta de que va por el mal camino porque **los afectos del espíritu** son compañeros que denuncian si uno va bien o mal.

Si uno *crece en la libertad*, respecto de su norte, estrella polar, se vuelve cada vez más **esperanzado**.

Es mucho más que una ilusión de la razón. Es una esperanza que nada puede ahogar. Es personal. En cambio si uno prescinde de esa meta y decae en su libertad personal mirando, obcecándose en cosas menores, pues aparece la desesperanza, cosa que ya criticó en su día pues Kierkegaard. Y, pues, los existencialistas se dedican a ratificarlo en su propia vida.

Por otra parte, *el conocer personal*, en la medida que va descubriendo más '*polvillo de verdad*' en sentido personal de cara a Dios, pues se vuelve cada vez más confiado. Porque sabe que no juega sólo en este partido y tiene las de ganar: la **confianza personal**.

En cambio cuando uno le da la vuelta y quiere autorrealizarse, quiere darse completamente<sup>9</sup>, autónomamente, independientemente, el sentido personal que a uno se le ocurre, pues aparece la desconfianza, es decir: para empezar no está seguro de que pueda lograr ese propósito.

Y la vida se encarga de decirle que es imposible.

Con lo cual, pues, me parece que *la desconfianza* no sólo en los demás – que no se van a preocupar de él, de ese proyecto suyo – sino *suya*<sup>10</sup> – en ese proyecto inicial –, *cada vez es más drástica, más patente*.

Y por último, en *el amor personal*, pues aparecen sentimientos del espíritu si están bien encauzados hacia Dios, como la como **la alegría, el gozo, la paz, el enamoramiento progresivo, la ternura de un hijo con su padre**.

Hay muchos afectos. Unos son superiores a otros.

Y lo contrario, pues aparecen todo tipo de desamores: a uno le falta la salsa del espíritu, le falta la alegría, está triste, está inquieto; por dentro no tiene paz, no está gozoso, no está desbordante por dentro, le falta sabia; le falta, pues, ese enamoramiento progresivo respecto de lo único que es amor.

Del amor divino. Del amor divino personal.

Y ahora habría que añadir, pero esto ya es demasiado – lo dejamos para otro día – que *tampoco Dios puede ser unipersonal*.

Porque persona indica relación, vínculo, con lo cual Dios tiene que ser una Libertad correspondida, tiene que ser un Conocer correspondido con otro Conocer, y tiene que ser un Amar que no sólo sea Aceptante, y Donante, sino que sea a su vez Don.

De modo que por aquí metemos la cabeza para explorar que las personas divinas son plurales y en cierto modo la índole de cada una de ellas: Dar, Aceptar y Don.

Obviamente esto es muy inferior a lo que nos dice la teología de la fe, la Revelación y la Escritura, que uno se llama Padre, el otro Hijo y otro Espíritu Santo.

Y el añadido que la Revelación nos dice de cada uno de ellos pues es portentoso. Pero eso que

---

<sup>9</sup> No darse a Dios, sino a sí mismo.

<sup>10</sup> Desconfianza en sí mismo.

quiere decir: que todo lo sobrenatural caza perfectamente con la intimidad humana, es decir, cómo estamos constituidos íntimamente. *Dios eleva sin contraponerse a lo que ha creado.*

Bien lo dejamos aquí. Y ya seguiremos, o, pues el que tenga más luces, pues que prosiga por su cuenta. Polo nos ofrecía esta propuesta para que nosotros tomásemos el testigo y pudiésemos avanzar, descubrir más.

En cualquier caso, pues, como veis, es difícil estar a la altura de las circunstancias en el tema más alto que Polo nos ha descubierto. Es un gran, inusitado, hallazgo. Y, pues, tenemos que ayudarnos entre todos para poder aumentar los descubrimientos.

Y gracias por vuestra atención y a vuestra disposición para lo que se requiera en la medida de mis posibilidades. Que las más no son las de Polo.

Gracias.